

INVASIONES INGLESAS

I

(El Ataque)

Apacible entre las toscas y los talas
o en la discreta penumbra de sus salas,

bajo el rescoldo rojizo de sus tejas
y en el encaje forjado de sus rejas.

En sus torres campanas silenciosas
y repetidas veletas veleidosas,

en sus patios camelias y jazmines,
y en sus iglesias retablos y latines,

en sus tertulias el mate con azúcar,
en la rada goletas de Sanlúcar,

y un aire vespertino que se enreda
en las ramas al pasar por la Alameda,

con el sol por cobija contra el frío
Buenos Aires dormita junto al río.

Dormita Buenos Aires ignorando
que una escuadra se viene aproximando.

Una escuadra que llega en son de guerra
y enarbola banderas de Inglaterra.

De la cual al día siguiente bajarán
batallones al fondear en Barragán.

Donde una guarnición muy reducida
casi sin combatir será vencida.

De manera que pronto los britanos

tendrán a Buenos Aires en sus manos.

Que escuchará en sus calles con sorpresa
las gaitas y su música escocesa.

Contemplará asombrada a los soldados
que visten uniformes colorados,

el fusil suspendido de través
y platicando entre ellos en inglés.

Mientras cierta neblina protestante
le imprime al desembarco su talante,

saturado de móviles ocultos
tras la instaurada libertad de cultos

y la otra libertad, la comercial,
que integra la doctrina liberal

que aquí se practicaba desde cuando
comenzó a practicarse el contrabando.

Reticente, sin dar muestras de pánico,
recibió la ciudad al león británico.

Se embozó en la penumbra de sus salas,
recatándose a la sombra de sus talas.

Para armarse de todo su valor
y expulsar sin demora al invasor.

II

(La Reconquista)

Un marino francés puesto al servicio
de España asumirá desde su inicio

la misión que le encargan los porteños,
comprometiendo en ella sus empeños,

su pericia, su valor y la elegancia
que distingue a los hijos de la Francia.

Santiago de Liniers fue aquel marino
que encontró en Buenos Aires su destino.

Y prometió a la Virgen del Rosario
echar de la ciudad al adversario.

De modo que cruzó rápidamente
a la otra banda convocando gente.

Con la cual regresó por vía fluvial
en medio de un furioso temporal.

Desembarcó en el Tigre y a despecho
de la tormenta continuó derecho

a Buenos Aires, sumándose enseguida
voluntarios que son de la partida

(entre ellos está ya la división
de paisanos que manda Pueyrredón).

Y se aproxima así a la capital
la columna avanzando entre el fangal.

Vienen a pie o montando redomones,
empujando en el barro los cañones.

Armados con tacuaras o pistolas,
facones y oxidadas tercerolas,

sin faltar un cantor que se proponga
darle tono marcial a una milonga

y transformar en marcha militar
el estilo que empieza a canturrear.

Ya están los atacantes en Retiro
y ya se escucha el eco de algún tiro.

Liniers de la ciudad se encuentra dentro,
marchando con los suyos hacia el centro.

Una dama le arroja su pañuelo
y lo alza con el sable desde el suelo.

El asedio se estrecha de tal suerte
que empuja a los ingleses hasta el Fuerte.

Súbitamente cesa la batalla
y surge un trapo blanco en la muralla.

Se adelanta Hilarión de la Quintana
y a Beresford el tránsito le allana.

Para darle a Liniers en plena plaza
su espada que el marino le rechaza.

Y a los pies de la Virgen, ofrendadas,
quedarán las banderas conquistadas.

III (La Defensa)

Si bien el invasor ha prometido
abandonar el Plata no se ha ido.

Y prepara una nueva expedición
con Whitelocke por jefe en la ocasión.

Buenos Aires se apresta a la defensa
en una espera resuelta pero tensa.

Ya no habrá de encontrarla su rival
dormitando una siesta colonial.

Pues en los pocos meses que han pasado
un verdadero ejército ha formado

Un ejército auténtico y genuino,
origen del Ejército Argentino.

Compuesto por diversos regimientos
que incluyen diferentes estamentos,

los cuales en su rica variedad

representaban nuestra sociedad.

Patricios, Arribeños, Vizcaínos,
Morenos, Cazadores Correntinos.

Infantes y jinetes, artilleros,
Andaluces, Migueletes, Granaderos.

Y para dar comienzo a la jornada
el enemigo atraca en Ensenada.

Continuando sin tropa que lo espere
hasta llegar a Plaza Miserere.

Donde Liniers y su fracción patriota
sufrirán una rápida derrota.

Fue entonces que surgió la gran figura
de la Defensa, enérgica y segura:

Martín de Álzaga, el esforzado alcalde,
que logró que el inglés viniera en balde.

Calculó con cuidado los detalles,
hizo cavar trincheras en la calles,

fortificar las torres y las plazas,
convertir en bastiones las terrazas

y levantar incontables barricadas,
manteniendo las casas bien cerradas,

para guardar arriba, en la azotea,
un temible arsenal de aceite y brea,

que hirviendo lloverán más tarde, cuando
los ingleses se vayan acercando.

Y así nomás sucederían las cosas

en aquellas jornadas clamorosas.

Cada vivienda fue una fortaleza,
y fue cada conducta una proeza.

Un guerrero ejemplar cada vecino,
cada mozo un soldado repentino.

Hubo en cada mujer una heroína,
se transformó en baluarte cada esquina.

Fue así que Buenos Aires cobraría
conciencia de su fuerza y su valía.

Alentando después de esa experiencia
cierta premonición de independencia.

Juan Luis Gallardo
agosto del 2012